



Volumen 75. n°1, ene-jun 2020: 23-51  
Mendoza, Argentina  
eISSN 2591-3093 - ISSN 0325-0288

ANALES DE  
**ARQUEOLOGÍA**  
Y ETNOLOGÍA

## **La momia y el herbolario** **Un ensayo sobre la historia de la arqueología del siglo XX**

### **The mummy and the herborist** **An essay on the history of twentieth-century** **Archaeology**

*Irina Podgorny\**

#### **RESUMEN**

Este trabajo compara las colecciones de Guido Bennati y Perfecto Paciente Bustamante, dos practicantes de la medicina quienes, al borde de la legalidad, forman parte de la historia de la arqueología y la etnología en la Argentina. De esta manera, el trabajo reflexiona sobre el papel de los aficionados en la ciencia y, ante todo, sobre la frontera entre el saber culto y el popular.

**Palabras clave:** Julián Cáceres Freyre, Perfecto Paciente Bustamante, comercio, hierbas andinas, medicina, Siglo XX.

#### **ABSTRACT**

This paper compares the collections of Guido Bennati and Perfecto Paciente Bustamante, two medical practitioners, who, on the fringes of the law, contributed to the history of archaeology and ethnology in Argentina. The article reflects on the role of amateurs in science but, above all, on the frontier between learned and popular knowledge.

**Keywords:** Julián Cáceres Freyre, Perfecto Paciente Bustamante, Andean medicinal plants, trade in medicals, history of medicine, 20<sup>th</sup> Century.

Recibido: 15/03/2020

Aceptado: 26/05/2020

---

\* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Archivo Histórico del Museo de La Plata. [ipodgo@isis.unlp.edu.ar](mailto:ipodgo@isis.unlp.edu.ar)

## INTRODUCCIÓN

En 1995, Julián Cáceres Freyre publicaba una reseña bio-bibliográfica sobre el comerciante riojano Perfecto Paciente Bustamante (1870-1932), antiguo propietario de una herboristería que, en la década de 1920, poseía dos sucursales en la ciudad de Buenos Aires: una con domicilio en la calle Arenales y la otra, situada en la Avenida Pueyrredón N°1371, al lado de la residencia de la familia del autor y donde hoy –marzo de 2020- se encuentra una filial de la fábrica de pastas “La juvenil”.

En ese trabajo, Cáceres Freyre (1995) combinaba sus recuerdos de infancia con su itinerario intelectual, y mostraba cómo esos objetos que lo habían impactado en la niñez reaparecerían en su vida profesional de la segunda mitad del siglo XX. Este trabajo, en ese sentido, propone articular la historia de la arqueología con las biografías de sus protagonistas a través de los objetos que coleccionaron o recordaron a lo largo de sus vidas. En ese marco, el museo-casa Bustamante sirve para impugnar la creencia de que la vida intelectual nace y se limita a los espacios y momentos de la socialización académica o universitaria. O, dicho de otra manera, para mostrar que las fronteras entre ese supuesto adentro y afuera que divide la investigación de la vida de los otros, son mucho más porosas de lo que solemos admitir (Podgorny, 1999).

En el relato de Cáceres Freyre sobresalían dos figuras: don Perfecto Paciente y la momia de su museo; uno vivo, la otra, muerta, aunque, a decir verdad, para entonces, las dos contaban como muertas. Mirados desde este siglo XXI, los tres ya son parte del pasado: Julián Bernardo Cáceres Freyre (1916-1999) falleció hace más de veinte años. Entre 1958 y 1980 había dirigido el Instituto Nacional de Antropología. Fue, además, director del Fondo Nacional de las Artes y presidente del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, en cuyo Boletín publicó las notas de referencia.

En 1959 había realizado estudios antropológicos en México becado por la Organización de los Estados Americanos (OEA) y, diez años después, se abocó a la antropología cultural comparada entre el sudoeste de los Estados Unidos y el noroeste argentino, gracias a una beca de la Fundación Guggenheim. Sin dudas, en esos menesteres debió cruzarse con los trabajos de Aby Warburg (1866-1929) aunque, en realidad, esa comparación era una vieja idea de Juan B. Ambrosetti (1865-1917), el primer director del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, cuyos papeles conservó gracias al legado de su viuda (Cáceres Freyre, 1967).

Durante su larga carrera como funcionario, Cáceres Freyre aprendió dos cosas: una, que los muertos de todas las épocas, además de polvo, acumulaban

cosas, huesos y papeles. La segunda, que la fragilidad de las instituciones argentinas impedía incorporarlos a sus acervos. Sin contar que los muertos del pasado eran más que los vivos y tampoco hubiesen entrado.

Él, por su parte, fue un eximio coleccionista no solo de escritos, libros y objetos: supo recolectar historias minúsculas sobre la práctica de las ciencias en un momento paralelo al protagonismo que estas cobrarían gracias a Menocchio, el molinero friulano del siglo XVI, la figura que articula la historia de *El queso y los gusanos* (Ginzburg, 1976).

Este trabajo se refiere a dos microhistorias esbozadas por el autor y continuadas con detenimiento por la autora del presente artículo: la del citado Perfecto Paciente y la del Comendador Guido Bennati, un charlatán italiano del tardío siglo XIX de amplia actuación en la Argentina; esta última usada por Cáceres Freyre (1984) para hablar de las primeras colecciones arqueológicas exhibidas en las provincias argentinas, incluyendo la Capital Federal (Podgorny, 2009 a).

Lejos de la microhistoria pero amante de los detalles, Cáceres llegó a esas minucias desde el folklore, un campo que lo confrontó con los cuentos y la literatura del Norte argentino y, asimismo, con varios hechos insoslayables. Primero, con la permeabilidad entre los mundos culto y popular y entre el pasado y el presente, es decir con la coexistencia en un mismo espacio (urbano, semi-urbano o rural) o en un mismo individuo y al mismo tiempo de creencias y prácticas de origen diverso. Una presencia que, sin dudas, cuestiona la visión lineal del devenir de las cosas y propone leer la historia como una suerte de maraña de tradiciones con orígenes históricos y culturales diversos (Figura 1). Segundo, con la pregunta de “cómo una persona que no había tenido estudios universitarios (ni secundarios) pudiera darse cuenta de cuáles eran las distintas materias que abarcaban el conocimiento de la ciencia del Folklore o saber popular que, por esos años, estaba solo configurándose.” (Cáceres Freyre, 1995: 50) Se refería a Perfecto Paciente pero lo mismo se podía haber preguntado sobre Bennati.

Sin quererlo -o quizás sí- al reseñar la vida de Bustamante se planteó una cuestión que hoy, cuando las prácticas vocacionales de la ciencia y el papel de los aficionados están bajo la lupa, cobra más vigencia que nunca: en palabras de la historiadora francesa Nathalie Richard (2020) se trata de entender cómo se produce la aculturación científica en espacios donde casi nadie espera que eso ocurra. Don Perfecto y el Comendador demuestran que, ya sea en Chilecito, en las minas de La Rioja, en las ferias ambulantes o en una herboristería de la Avenida Pueyrredón, siempre puede haber alguien dispuesto a asumir la identidad de obrero del saber. Y tener éxito (Podgorny, 2020).



Figura 1: Fardos, o las capas y las marañas de la historia. Grabado del artista peruano Fernando Bedoya (1980), colección particular, gentileza del artista. Figura en color en la versión digital.

Cáceres Freyre propuso una respuesta aguda al recordar que, en 1921, se había empezado a divulgar la Encuesta del Folklore Argentino: organizada por el Consejo Nacional de Educación, estuvo precedida por una cartilla con instrucciones para los maestros (Arias, 2020). De esta manera, Cáceres Freyre señalaba que ese saber presuntamente autodidacta –lejos de espontáneo y popular, lejos de surgir de la genialidad de los individuos- había sido modelado o activado por los dispositivos de la burocracia del Estado. Pensados para otro destinatario (los maestros), eso no impidió que los leyera cualquiera con la voluntad o el tiempo para hacerlo. Perfecto Paciente, con ellos, aprendió qué mirar, cómo ordenar los datos para un interlocutor anónimo y desconocido, según esos intereses y participe de un espacio común e inteligible por todos (Bourguet, 1997, Brendecke, 2009, Podgorny, 2019 a). Bustamente y Bennati aprenden rápidamente cómo satisfacer una demanda planteada en las instrucciones del Estado, por las expectativas de sus congéneres y por los anuncios de los diarios.

Cáceres Freyre fue, asimismo, un asiduo visitador de viudas y deudos, aconsejándoles cómo proceder con la herencia de ese allegado obsesionado con atesorar objetos en los anaqueles, los sótanos y los armarios y ahora, difunto. En esos espacios, en esas visitas y gracias a sus recorridas por las provincias, por el

archivo de su padre y su interés por las artes, surgieron las historias de esos dos vendedores de “remedios incurables” (Podgorny, 2012), a quienes, con sutileza, supo reconocer como dos eslabones de la historia de la práctica de la arqueología en la Argentina (Cáceres Freyre, 1984, 1995).

En ese sentido, este artículo propone ser leído como un contrapunto a la visión de la historia publicada en el tomo XXXIV-XXXV de los *Anales de Arqueología y Etnología* de Cuyo: el volumen doble fechado en 1979-1980, escrito íntegramente por Jorge Fernández y dedicado a la historia de la arqueología en nuestro país. Índice indispensable para repasar quién fue quién, pasó por alto a personajes que, al estilo de Bustamante y Benatti, conformaron e integraron una red mucho más difusa que, estructurando la práctica de las ciencias, traspasan las fronteras de las disciplinas, se introducen en las instituciones y colaboran a difundir cosas e ideas.

La primera parte del trabajo presenta a Perfecto Paciente, sus actividades, productos, libros e ideas de corte anti modernista. La segunda parte se refiere a sus “momias”, en realidad a esos cadáveres procedentes de sitios incaicos o del actual noroeste argentino y que estaban presentes en el establecimiento comercial de su propiedad y en otros similares<sup>1</sup>. En ese marco, el artículo menciona algunos de los emprendimientos donde la momia andina se exhibió asociada al comercio de la salud: el de Rafael Gentile Leonardis (1923) y el del Comendador Bennati (1883), todos en la ciudad de Buenos Aires.

Finalmente, siguiendo los datos suministrados por Cáceres Freyre, se esboza la vida de las momias luego de la muerte de don Perfecto: incorporadas a otras colecciones, perderían su carácter médico para -ahora sí- integrarse al arte de la antigüedad precolombina y a los reclamos de quienes, en parte, han hecho propias las palabras de alguien que de perfecto paciente no tenía nada.

## LA CASA BUSTAMANTE DE PRODUCTOS ANDINOS

Perfecto Paciente Bustamante nació en Famatina, provincia de La Rioja, Argentina, en enero de 1870. Asociado con su hermano, se instaló en Buenos Aires, aparentemente, en 1897. Pronto los seguiría Ceferina Díaz Moreno, su madre, viuda de Carmen Bustamante, antiguo soldado de la Guerra del Paraguay y comerciante viajero oriundo de Tinogasta (Figuras 2 a, b y c).

Perfecto Paciente conservó varios recuerdos de sus finados padres: de su padre, un mazo de cartas del Paraguay; de su madre, una urna consagrada por el dolor, “sus huesitos que ahí me quedan para contemplarlos y su cráneo descarnado de alta frente, para extasiarme, admirándolo!” (Bustamante, 1922 a: 275) (Figuras 3 y 4).

**¿Qué hombre, qué hogar y qué pueblo no va sediento de la sabiduría? ¡El mundo entero, toda la Tierra está esperando una redención!**

El Naturalismo Argentino que redimirá al mundo en 5 libros, \$ 10.—, por Perfecto P. Bustamante. Estos libros están llamados a ser traducidos en todos los idiomas de la Tierra porque enseña cómo la obra Cósmica de nuestro cuerpo, lleva dentro un laboratorio infalible que trabaja día y noche en combinación con el Universo, en la defensa de la vida y nunca jamás podrá haber enfermedad que no se cure de por sí con los elementos apropiados, dentro de la alimentación, y entonces, con esa sencillísima sabiduría, ese laboratorio infalible trabaja por su propia cuenta todas las curaciones; tanto del hígado, de los riñones, del corazón y de todos los órganos que constituyen nuestro cuerpo, hasta la última célula, cumpliendo la Ley Cósmica de la vida, y no habrá ningún mal que no se cure de por sí mismo, por esa ley natural infalible, por medio de la sangre. Se lee en la tapa del V libro: "La vieja y decrépita Europa, tendrá que inclinarse por la fuerza, ante la sabiduría de la joven Argentina, para aprender a curarse sus hediondas lacras, incurables para su "ciencia"...

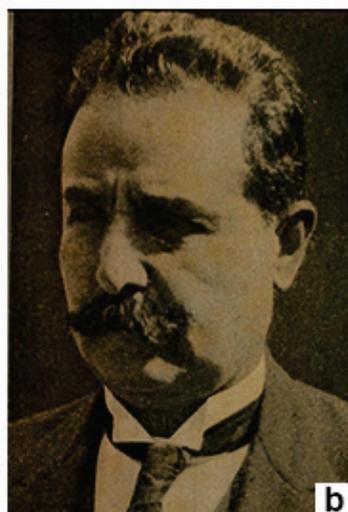


**Perfecto P. Bustamante.  
Fundador - Propietario.**

**CASA BUSTAMANTE de productos ANDINOS**  
(FUNDADA EN 1897)

Pueyrredón 1371-U. T. 44, Juncal 6491-Bs. As.  
Sucursal: GALERIA GÜEMES - CATALOGO GRATIS.

**a**



**CASA BUSTAMANTE**  
PRODUCTOS ANDINOS

Casa Autorizada por el Superior Gobierno Nacional



Inscrita en el Registro de Comercio bajo el N.º 100.

FUNDADA en 1897

(Lo más antiguo es lo más seguro)  
Perfecto P. Bustamante  
Fundador propietario

**Arenales 2301, esq. Azcuénaga**  
U. Telef. 6491, Juncal  
BUENOS AIRES

Se atiende todos los días  
Horas de despacho: de 8 a 21  
Personal: de 16 a 20

Particular: ARENALES 2848

Tarjetas que salen bien: 21, 23, 24, 56, 58, 61 y 87

**20 cts.**

**c**

Figuras 2 a, b y c. Perfecto Paciente Bustamante, retratos que ilustraban sus libros y anuncios en los diarios.

Perfecto había llegado a Buenos Aires luego de haber actuado como mayordomo en las minas de Famatina y como maestro y secretario de juzgado de paz en Chilecito, donde se preparó para ejercer esos cargos y adquirió las figuras retóricas usadas en sus libros. Probablemente la "Doña Paula" y los Recuerdos de Provincia sarmientinos lo inspiraran para pergeñar la figura enjuta de su madre, el jardín riojano y la vida entre las montoneras de provincia. Bustamante, lo sepa o no, se concibe así mismo como un Sarmiento del siglo XX. No deja de ser uno de los tantos hijos anónimos engendrados por la pluma del ex presidente, leído en todas las aulas de las escuelas del país. El destino, sin embargo, no le sería tan propicio.

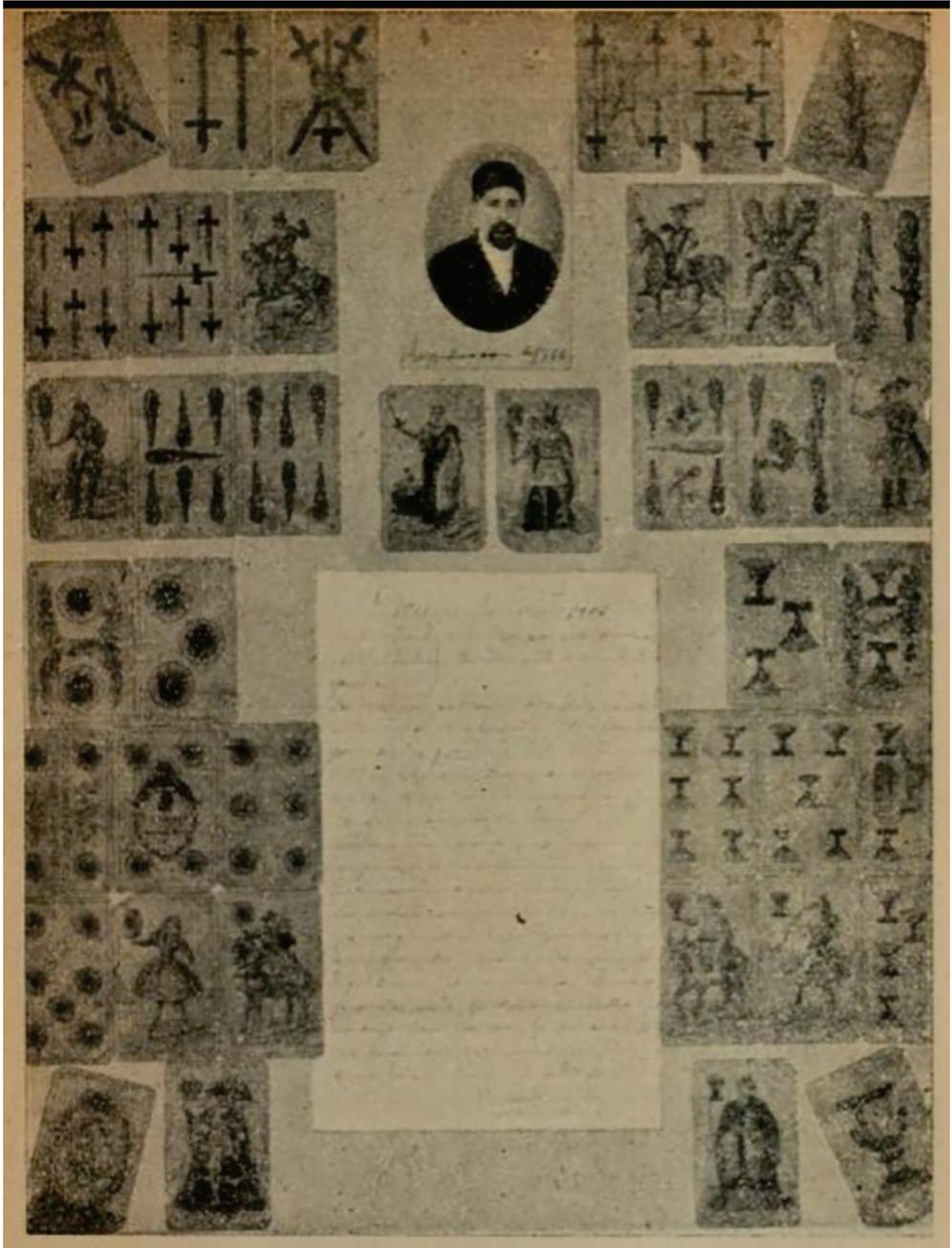


Figura 3. Juego de Baraja exhibido en el Museo Bustamante, herencia de su padre, Carmen Bustamante y publicado con el siguiente epígrafe: “Naípe traído de la campaña del Paraguay por Don Carmen Bustamante de vuelta de la guerra - Cuadro que existe con las barajas de referencia en el museo que posee el autor”. Firmado “P: BUSTAMANTE, (hijo de la víctima).” (Bustamante 1922 a).

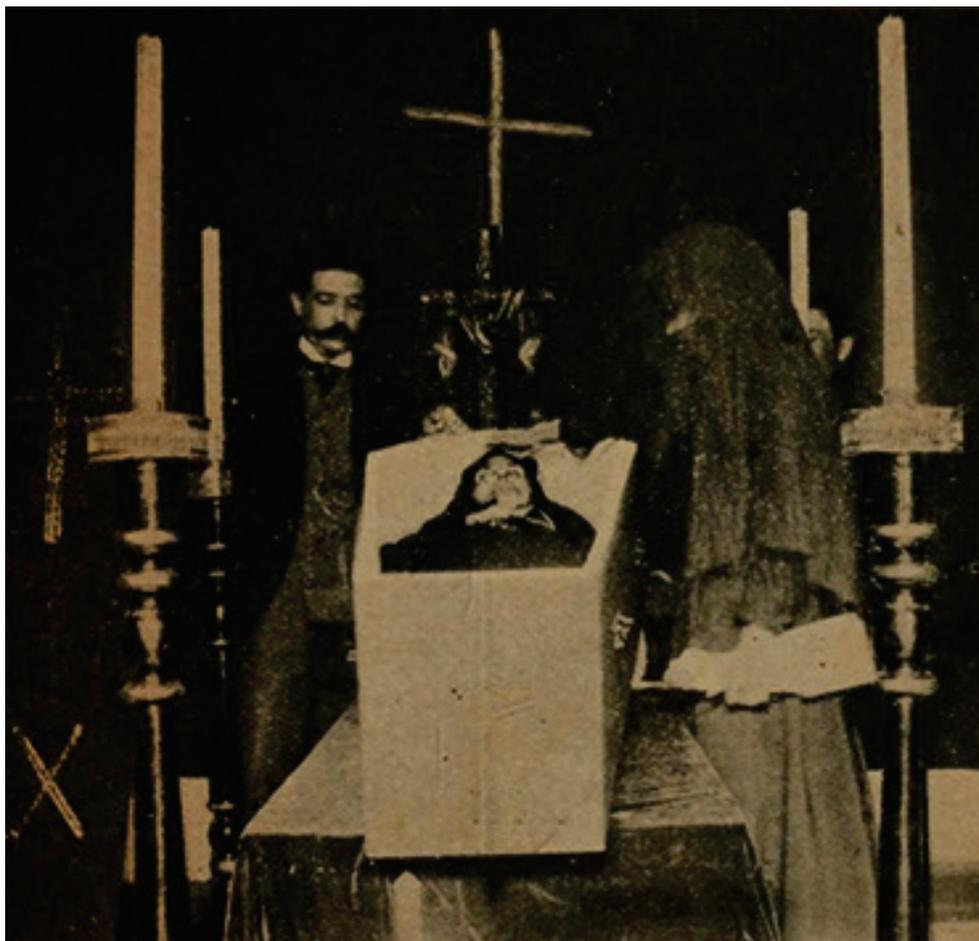


Figura 4. Velorio de Ceferina Díaz Moreno de Bustamante, madre de Perfecto Paciente, foto publicada bajo el lema “Aquí la cuna de otra vida empieza” (Bustamante 1922: 277).

A diferencia de los escritos del sanjuanino, para Bustamante la ciudad y la modernidad se volverían anatema, sinónimo de la degeneración extranjerizante a la que estaba sometido el pueblo argentino, sujeto al emporio de la química, la ciencia y la medicina de los laboratorios extranjeros. Y de los anarquistas, los sucesores de las montoneras del siglo anterior:

Las montoneras eran como son los anarquistas de hoy, perseguían a los que tenían intereses para vivir, a los negociantes, a los hacendados y a todo el que no era de ellos; tal cual los anarquistas de hoy. La diferencia consistía en que las montoneras operaban libremente y a sus anchas, se daban el gusto en todo; saqueaban, quitaban y se apoderaban de cuanto eran sus deseos de poseer, mataban, herían y ultrajaban todo decoro y pudor que encontraban a su paso, sin que nada pueda

resistirles sus desenfrenos, mientras que los ‘pobres’ anarquistas de hoy, tienen que privarse del gusto... (Bustamante, 1922 a: 232).

Igual de nefastas le parecían las federaciones universitarias, los sindicatos obreros y las sociedades de resistencia: “muchedumbres de hombres en ciernes que no cesa de divagar en perenne conspiración insólita, contra el principio de autoridad. Muchachos inexpertos, mocillos imberbes e ignorantes, tumores malignos dentro del corazón del país”, contra los cuales sí valía la cirugía - temprana, rápida, sangrienta y eficaz- ya que

a cada momento que se vienen iniciando, deben extirparse cuanto antes, aunque duelan y aunque sangren, porque para eso no hay curación posible, y dañan y perjudican en su fundamento, la acción biológica de la vida nacional, que debe continuar progresando. (Bustamante, 1923: 131).

Bustamante escribía estas líneas en el contexto de los coletazos de la Reforma Universitaria, la Revolución Bolchevique y la crisis antieuropea desatada por la Gran Guerra, en plena expansión de la Liga Patriótica Argentina, el movimiento de ultra derecha surgido en la década anterior y vinculado a la semana trágica de 1919 (McGee Deutsch, 1986).

A ella se ligaron varios personajes de la ciencia para promover la búsqueda de las tradiciones artesanales y populares argentinas. Entre ellos, el italiano naturalizado argentino Clemente Onelli (1864-1924), naturalista viajero venido a rescatista de los tejidos y las artesanías de las provincias cuyos secretos se transmitían a las damas de la gran urbe a través de cursos y exposiciones (García, 2011; García y Podgorny, 2001; Pegoraro, 2017; Podgorny, 2006).

Bustamante, paradójicamente, dejó las minas riojanas para buscar en Buenos Aires el remedio contra la mordedura de un perro hidrófobo ocurrida en su pueblo (1922 a: 259): la vacuna y el tratamiento antirrábico, descubierto por Louis Pasteur en 1885, se aplicaba solamente en la Capital pues la vacuna no era transportable. Las personas, sí.

Bustamante no dejó testimonio de ese tratamiento a pesar -o quizás por ello- de haberse curado definitivamente y morir solo muchos años después en el intento de recuperar sus minas y de hacerse rico gracias a la explotación del terruño nativo.

Su tirria contra los médicos alópatas surgiría poco después, con la enfermedad de su madre internada en el Hospital de Clínicas de la Capital. La señora que desde niña estaba tragada por la melancolía de la miseria, había aceptado el tratamiento muy entusiasmada al verse en sitio seguro, donde –según

su hijo- sufrió un mes para luego pedir que la sacaran por la falta de abrigo y de alimentos (Bustamante, 1922 a: 263). Fue en ese momento,

que entramos los dos hermanos de acuerdo a tener acierto y hacer prosperar un negocio iniciado por mí, de traer de las montañas andinas yerbas medicinales y ofertarlas en venta en esta capital, ya que están llevando a Europa y aquí no se conocían sino los venenos de fabricación extranjera (Bustamante, 1922 a: 263).

La Casa Bustamante tuvo diferentes locales según se puede constatar en los reclames y en los Anuarios Kraft (Gran guía comercial de la República Argentina), donde en su tomo 1 de 1913 listaba las sucursales de San Nicolás 1336 (Vélez Sarsfield) y Arenales 2301, dedicadas a productos andinos, negocios de minas, colección de minerales, piedra imán y plantas medicinales.

No eran los únicos: según se ve en el Anuario, en Moreno, la espiritista Ana Flores combinaba sus prácticas con la venta de productos andinos y la piedra imán. Diez años antes, *Caras y Caretas* publicaba los anuncios de una casa de productos andinos y piedra imán ubicada en la calle Chile 1861, administrado por la viuda de J. S. Bustamante, probablemente la cuñada de Perfecto.

Para 1919, los anuncios que poblaban las revistas de la editorial Atlántida y las del Círculo Militar indicaban que la Casa Bustamante no tenía sucursales. Pero para 1923 tenía dos: la de Arenales esquina Azcuénaga cerca de su domicilio y la de la Avenida Pueyrredón que, según el testimonio de Cáceres Freyre, contaba con vidriera a cada lado de la entrada y en el interior exhibía especímenes de historia natural, fósiles, minerales y objetos arqueológicos, folklóricos e históricos como espuelas, estribos, armas, los naipes del padre y otros objetos de la Guerra del Paraguay. La gran mayoría de las piezas –incluso los huesos maternos- procedían de la provincia de La Rioja donde se proveía de hierbas y seguía incursionando en el terreno de las minas.

El Museo Bustamante –como se hacía llamar el negocio- era el consultorio y el despacho de don Perfecto, quien atendía personalmente y, gracias a haberlo bautizado museo, estaba habilitado para abrir todos los días, aun los sábados, domingos y feriados de 8 a 21 horas (Figura 5).



Figura 5. El Museo de la Casa Bustamante, don Perfecto a la derecha, sus dos hijos mellizos, Carmen y Perfecto, a la izquierda (tomado de Bustamante 1922 b: 19).

Entre los productos se destacaban la piedra imán -de uso más viejo que la ruda- y el Chuschampi, prodigioso bálsamo de hierbas resinosas para uso externo contra los dolores reumáticos, las llagas, las fístulas y el dolor de espalda<sup>2</sup> (Figura 6).

Según los anuncios publicados en los diarios y las revistas, la tienda había sido fundada en 1897, repartía gratis su catálogo de productos y contaba con teléfono para recibir pedidos: el número 44 de la Unión Telefónica, la empresa que en 1886 adquirió por varias décadas el dominio del negocio de las telecomunicaciones en Buenos Aires y la región pampeana (Berthold, 1921).

Cáceres Freyre resumió algunas de las obras de Don Perfecto: la que más le interesó, por recopilar cuentos y figuras del folklore riojano fue *Girones de historia* (1922). Dejó de lado, por exceso de fantasía, aquellas ligadas a los productos andinos y a su industria de las yerbas medicinales que, en realidad, definían el por qué de su colección de objetos y de cuentos: el *Catecismo argentino de la larga vida* (1923) y *La Flora argentina* (1922), cuyas portadas rezaban por una “defensa de la salud pública. Naturalismo nacionalista. Defensa de la raza. Nuevos horizontes. Economía y sociología. Luz para todos!!!”.



Figura 6. Reclame del Chuschampi (tomado de Bustamante 1923: 108).

Estos libros, de unas 160 páginas, ilustrados con fotos y grabados, editados bajo el sello de su casa, con el cóndor como bandera (Figura 7), tienden un puente que de la arqueología lleva a la historia de las prácticas de la botánica, el comercio, la política, la medicina y, también, a la del pensamiento conservador ligado a los valores del pasado del suelo nacional.

La lectura de estos “libros del hogar” volvía innecesarias las herramientas de la cirugía así como a los rayos X y las placas, a la solemnidad de la auscultación y a todos los “especialistas” con sus técnicas patológicas. Salvo para extirpar anarquistas, claro está. A partir de ahora, cada uno se podría tratar de por sí, con su propio suero intestinal aplicado a su red sanguínea. Los anuncios proclamaban:

Laringitis, colitis, apendicitis, peritonitis o meningitis, no merecerán dedicación especial, supuesto que la sangre no dejará sin castigo ni una sola bacteria en toda la redondez del organismo, provista de su suero bactericida por excelencia para destruirlo... ¡Leed el libro, allí está todo! ...¡El mundo entero, toda la Tierra está esperando una redención! El Naturalismo Argentino redimirá al mundo en 5 libros, \$ 10.- Destinados a ser traducidos en todos los idiomas de la Tierra porque enseña cómo la obra Cómica de nuestro cuerpo, lleva dentro un laboratorio infalible que trabaja día y noche en combinación con el Universo, en defensa de la vida y nunca jamás podrá haber enfermedad que no se cure de por sí con los elementos apropiados, dentro de la alimentación (Anuncio de la Casa Bustamante publicado en Bustamante 1922 b: VI-VII).



Figura 7. El Cóndor andino, emblema de la Casa Bustamante.

Dedicado al Soberano Pueblo de la República, pretendía combatir la especulación contraria al uso de la flora nacional que mantenía en pie “el mercado lucrativo de la droga extranjera, mortífera inyección que viene degenerando nuestra raza con el aniquilamiento de la sangre de sus víctimas.” Europa nos obligaba a consumir esas materias nocivas, envenenándonos mientras que “¡Aquí no falta nada para la vida de los habitantes, nos bastamos a nosotros mismos!” con la naturaleza y la Pachamama (Bustamante, 1922 b: 21-22).

Hoy, a ese discurso, se lo tildaría de una proclama de soberanía sanitaria o alimentaria, olvidando, tanto hoy como ayer, que entender a la Naturaleza como la gran farmacia de Dios es una idea de la Alta Edad Media y que los manuales naturalistas de autoayuda, basados en los productos de la tierra, eran otra invención del hemisferio norte (Podgorny, 2018 a). No por nada, Jorge Luis Borges, al referirse a la literatura, en 1932 recordaría que “El culto argentino del color local es un reciente culto europeo que los nacionalistas deberían rechazar por foráneo” (Borges, 1990: 270).

En Suiza, por ejemplo, en esa misma época y en base a las hierbas alpinas, se estableció una gran industria que todavía prospera. Entre otros, en 1930 el confitero Emil Richterich registraba en Laufen la marca madre de Ricola. Con ello fundaba un negocio dedicado a producir caramelos contra la tos que apelaba a las plantas locales. Gracias a la química, sin renegar de ella, en 1940 logró patentar “el

azúcar de los Alpes”, allí donde, sesenta años antes y de la pluma de Johanna Spyri, Clara Sesemann –la amiga de Heidi- había recuperado las fuerzas perdidas en Frankfurt. La ciudad debilita, la montaña, cura (cf. Wyder, 2003)

La República Argentina tiene su Cordillera de los Andes -decía Bustamante (1923: 22)-, soberana y coloso del Globo; allí tenemos todos los remedios y los tónicos que nuestra musculatura necesita para mantener sus energías y para reparar todos sus desgastes y por si algo más faltara tenemos todas nuestras planicies, nuestros valles y llanos con nuestras producciones de cuanto la Madre Naturaleza creó... Las yerbas andinas curaban a nuestros Incas y a nuestras razas primitivas y les mantenían sus vigos y su larga vida fuerte y feliz. Claro, no conocían la droga mortífera. La tradición nacional siguió usándolas para su bien hasta nuestros días; de allí mismo, de esa fuente de verdad, de ese manantial de sabiduría, de esa fuente natural, Bustamante había tomado sus experiencias. Para probarlo, ahí estaba el vigor de las fibras de su madre y de otros muertos de los Andes.

Bustamante combatía la teoría del contagio: la enfermedad era un producto de la disfunción de ese laboratorio interno que tenía por conductor a la sangre. Quizás ignorando que los anticontagionistas habían sido legión en la Europa de siglos anteriores, remataba: “La vieja y decrepita Europa, tendrá que inclinarse por la fuerza ante la sabiduría de la joven Argentina, para aprender a curarse sus hediondas lacras, incurables para su ‘ciencia’” (Bustamante, 1922 b: 40).

Los médicos, a fin de cuenta, eran una cofradía internacional: visto a un médico en la Argentina se ha visto a los de Cuba y Nueva Zelanda, a los de Senegal y a los de los bolcheviques. Meros mercaderes de microbios, ciegos frente a la verdad de la naturaleza.

Bustamante fustigaba las prácticas de los estimulantes y los alcaloides, mero envenenamiento del pueblo. En los estertores de la epidemia de la ahora famosa “gripe española” afirmaba:

en momentos en que habían aumentado la mortalidad y las pestes y multiplicado desenfrenadamente todas las múltiples prácticas europeas, que se nos vienen trasladando con todos sus bagajes como al campo más propicio para sus fechorías abrumadoras... Ya sabe el lector que ya no somos más que un gran campamento de operaciones a granel de análisis, de rayos, de inyecciones y de endrogamientos de todo orden, a tal punto que ya se fuma opio, la cocaína se usa como pasas de uva, la morfina, la antipirina, la cafeína y todas las *inas*, para “curar” cuantas *itis* se inventan tras el desenfreno del lucro, matando e idiotizando nuestro pueblo como en un rebaño sin remedios (Bustamante, 1923: 11-12).

Bustamante era particularmente crítico con el atletismo, los botánicos y los médicos. Nada decía de los abogados quienes, como el padre de Cáceres Freyre, lo defendieron ante la acusación de práctica ilegal de la medicina.

Por otro lado, cuestionaba la ingesta de carne y de leche por los adultos, otra desgracia para la salud. Es cierto, como ha estudiado Barbara Orland (2004), que las virtudes de los lácteos eran un invento ligado a la industria alimentaria. Bustamante prefería las plantas, las tisanas, las decocciones, los emplastes y, en armonía con la farmacología de los dos siglos en los que vivió, descartaba la materia médica animal heredada de la antigüedad. Mantenía, no obstante, algunas piedras, como la piedra imán cuya radioactividad prolongaba los alcances psíquicos y la energía etérea de la sangre.

En *La Flora argentina*, Bustamante listaba las enfermedades con sus remedios vegetales, de los que daba su nombre y usos populares: con cola de caballo y canchalagua se curaba el hígado; con nencia y té del inca, la diabetes; el reumatismo, con tramontana. Un breve catálogo visual unía la descripción de la planta hecha por el botánico alemán Georg Hans Hieronymus (1845-1921) con su imagen en un esquema muy similar al que todavía hoy se puede ver en el envase de los caramelos Ricola (Figura 8 a y b).

Dos botánicos fueron blanco de sus cuestionamientos: el citado Hieronymus, antiguo profesor de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba; y, sobre todo, Juan Aníbal Domínguez (1876-1946), el farmacéutico de Salto dueño de un laboratorio privado y profesor de la Facultad de Ciencias Médicas que se dedicaba, en esos mismos años, a la fitoquímica y al estudio del folklore y la materia médica argentina, obra por la cual en 1928 recibió el Premio Nacional de Ciencias. Les cuestionaba su dedicación a la taxonomía que dejaba de lado la cuestión medicinal y utilitaria de las plantas.

Estas chicanas contra la sistemática enseñada y profesada en las facultades y los laboratorios eran doblemente injustas por desconocer, además, que ya, desde el siglo XVIII, había una tendencia a separar las prácticas de la clasificación natural de las de la medicina y la farmacia. En ese sentido, Domínguez -farmacólogo, dueño de laboratorio pero hacedor de herbarios y colecciones de maderas y muestras de todo tipo- era una excepción y no respetaba aquello que Wolf Lepenies llamó el “fin de la historia natural”, es decir la expulsión de los criterios de uso de la tarea de ordenamiento de la naturaleza. Además, desde fines del siglo XIX las maderas, como la del lapacho, por ejemplo, se estudiaban desde un punto de vista químico y utilitario. O el mate trataba de imponerse como reemplazante del café y del té en la Argentina y el mundo, lo cual demostraba que, aunque fracasadas, las empresas botánicas abundaban en las discusiones planteadas

tanto por los extranjeros como por los nacionales (Buch, 2001; Podgorny, 2015; Paternó, 1882).



Figura 8 a. Catálogo publicado en *La Flora Argentina* (Bustamante, 1922: 97-99). b. imagen de la cajita de caramelos Ricola. Figura en color en la versión digital.

Bustamante -curado de la rabia por un invento europeo- vociferaba contra las creaciones antiguas y modernas de la medicina: la cirugía, las vacunas, los sueros, los remedios de base química. Medios de la sumisión, el “comercio de microbios” era una teoría que veía las causas externas en algo invisible cuando el mal, según las teorías elucubradas en sus folletos, se originaba en la mala alimentación y en la ingesta de productos foráneos. ¿Para qué un Instituto de Bacteriología? ¿Para qué si no para matarnos lentamente con las inyecciones de sustancias extrañas al cuerpo de nuestro pueblo?

Bustamante, de hecho, decía estas cosas en guerra comercial con todo el mundo: las revistas y los diarios, desde el siglo XIX, estaban plagados tanto con los anuncios de té de yungas como con los de tónicos importados (Podgorny, 2012). El siglo XX había traído otros inventos al mercado de la salud, como el Sanatorio Temperley, un establecimiento especial para el tratamiento del cáncer y

enfermedades de la sangre, el cual, en 1907, anunciaba en *Caras y Caretas* consultas gratuitas para la aplicación del suero anti-canceroso del embriólogo escocés John Beard (1858-1924). Este profesor en Edimburgo propulsaba la teoría del “trofoblasto irresponsable” y del tratamiento enzimático del cáncer (Ross, 2014). Y aunque es cierto que otros personajes establecidos como Bernardo Houssay (1887-1971) también se aprovecharon del furor endocrinólogo y farmacológico para promover la venta de sustancias terapéuticas más cercanas al gato que a la liebre<sup>3</sup>, Bustamante, de hecho, faltaba a la verdad en varios sino en todos los sentidos. Al hacerlo sepultaba, ignoraba, las capas y los tópicos de varios siglos de historia que le dieron forma a su vida, activos –aun hoy- desde los inicios de la modernidad.

Llegados a este punto tampoco olvidemos que la comercialización y el uso de las plantas medicinales locales había sido un proyecto español, primero de los Habsburgo, luego de los Borbones: no hubo boticario, charlatán o botánico establecido en el país, en el virreinato o en las villas del Plata que no tratara de descubrir alguna planta sabrosa o curativa para unir su futuro a su nombre (cf. Di Liscia, 2002). La venta de “plantas andinas” integra esa larga historia de aquello que Harold Cook (2007) ha vinculado con el origen de la ciencia moderna: el comercio de plantas y animales exóticos transformados en “materias de intercambio”.

## LAS MOMIAS: PRODUCTO ANDINO

Bustamante, además de vecino, era cliente de Cáceres Freyre padre, de profesión abogado. El recuerdo del herborista quedó archivado entre sus expedientes pero también en la memoria de su hijo adolescente, impresionado por una momia que se conservaba como una joya de museo y que, de una u otra manera, pudo haberlo arrojado a las fauces de la antropología.

No está claro, sin embargo, qué papel desempeñaba la momia en ese universo donde, como se imprimía en los reclames “lo más antiguo es lo más seguro”. En otros trabajos se ha sugerido que la momia precolombina, exhibida en el contexto de un despacho de remedios, podría ser un sucedáneo de la “momia” usada en varios compuestos terapéuticos de la materia médica del Viejo Mundo (Heaney, 2018; Podgorny, 2008). Y, aunque no se usara de ese modo, la momia en las farmacias naturistas remitía a un uso de proveniencia antigua, en un contexto donde, a falta de momia egipcia -la verdadera fuente de la momia medicinal- se la reemplazaba por las disponibles en las cumbres de los Andes (Podgorny, 2008).

Existe otra posibilidad, de la que no existen pruebas directas pero sí varios indicios: la momia usada como médium en las sesiones de espiritismo y/o

magnetismo animal, prácticas en la que creían varios de nuestros personajes y que fue motivo de burla en un relato sobre una momia parlante publicado en la prensa de Buenos Aires en 1883 (“Un suceso singular”, en Podgorny, 2009 b).

Los libros de Perfecto Paciente promovían el magnetismo animal de corte mesmeriano y el local de Ana Flores, la espiritista de Moreno, en 1913 también vendía productos andinos. No hay evidencia de que esta poseyera una momia pero muestra que, para entonces, la asociación entre lo andino y el espiritismo era moneda corriente en la ciudad de Buenos Aires (Podgorny, 2018 b; Quereilhac, 2016).

Nathalie Richard (2017), por su parte y para otros contextos, ha recordado la relación entre la indagación del pasado y la posibilidad de explorar el inconsciente y esos otros mundos que, como reza el epígrafe del cajón del velorio de doña Ceferina, también empiezan en una cuna de madera. En ese marco, las cavernas, el arte rupestre, los cuerpos de los muertos (coptos, egipcios, incaicos, argentinos o italianos) forman parte de un universo de preguntas que incluyen los fenómenos sobrenaturales. La historia de la arqueología, todavía, no ha dado cuenta de ello. Al buscar su origen se ha preocupado más por los discursos públicos, por las excusas, y ha dejado de lado los móviles que unían a sus cultores alrededor de una momia, una tumba, una cueva.

Por otro lado, esa constelación -es decir, la constituida por la exhibición de una momia “incaica” en un museo privado al lado de la salud del pueblo- no era nueva ni exclusiva de la Avenida Pueyrredón.

El semanario ilustrado Fray Mocho del 19 de junio de 1923 publicaba una foto de la momia al lado del retrato del coleccionista con el siguiente epígrafe (Figura 9 a):

Con objeto de allegar recursos en favor de las Escuelas Obreras de la Comisión Auxiliar de Señoritas y de Propaganda y Escuelas de la Junta Ejecutiva de Señoras de la Liga Patriótica Argentina en el local de la calle Sarmiento y Callao se exhibe una momia con los numerosos objetos que le acompañaban en el sepulcro. La acompaña con su foto, el señor Rafael Gentile Leonardis, su propietario. La descubrió en el cerro Lincancaur, en el límite argentino chileno. Una vez depositada dicha exhibición, la momia será depositada en el Museo Nacional.

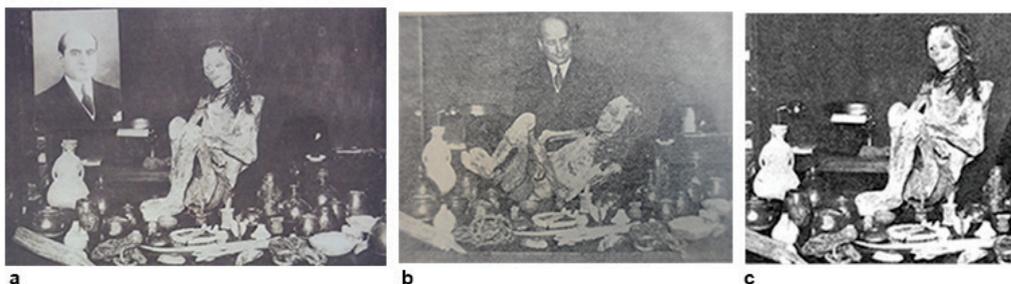


Figura 9 a. La momia y el retrato de Rafael Gentile Leonardis publicados en *Fray Mocho* (gentileza del investigador rosarino Pablo Montini). b. La momia y Rafael Gentile Leonardis, en *La Nación*, 19 de mayo de 1923 (Gentileza del investigador Carlos Castro). c. La momia de Gentile Leonardis publicada en *Caras y Caretas*.

La momia y su dueño estaban en exhibición por lo menos desde el 19 de mayo, cuando *La Nación* publicó la noticia, también con una imagen (Figura 9 b). Más allá de la foto que muestra a un hombre calvo, los datos sobre Gentile Leonardis no abundan. En algún momento, (él o su hijo) tuvo domicilio en los primeros números de las calles Maipú y Chacabuco. De origen italiano, su nombre parece ser el de un abogado –que también podría ser su hijo- interviniente o parte de las multas y demandas registradas en el Boletín de la Jurisprudencia de la República Argentina en casos de extorsión, intento de extorsión y como denunciante de los laboratorios farmacéuticos y químicos nacionales y extranjeros acusados, en 1939, de promover el monopolio de especialidades medicinales (S/A, 1939: 239).

*Caras y Caretas* (1289, 16 de junio de 1923: 12), en cambio, publicaba la foto de la momia sin el retrato del coleccionista. Agregaba, eso sí, que había sido descubierta a 5.500 m de altitud, en el preciso límite argentino-chileno, “cuando exploraba la zona en busca de un ‘tapado’ o tesoro”, y señalaba, además, su excelente estado de conservación, la riqueza del ajuar y la dignidad del muerto, probablemente un gran jefe (Figura 9 c).

La momia -según se decía- provenía de una cumbre que, desde el laudo de fin de siglo era uno de los hitos de la frontera norte. Testimoniaba la fuerza del pasado para hacer frente a los desafíos y a los sufrimientos del porvenir recaudando dinero para las obras de las damas de la beneficencia de la derecha argentina más recalcitrante. Y ya que estaba, marcaba un hito fronterizo (ver McGee Deutsch, 1986; también Blee y McGee Deutsch, 2012).

Pero, ¿de dónde surgía esa idea de reunir a la momia y al coleccionista con la beneficencia y el bienestar del pueblo? Ese orden de los objetos y de los discursos, una vez más, reconoce varias fuentes: por un lado, caracterizó a los museos anatómicos populares europeos y norteamericanos donde, en el siglo XIX e

inicios del siglo XX, con la excusa de beneficiar a los pobres, el propietario buscaba a las damas para que intercedieran ante sus maridos -médicos, abogados, políticos e inspectores- y autorizaran unas muestras reñidas no solo con el buen gusto y las costumbres sino también con las disposiciones municipales. En nombre de los pobres, las vulvas sifilíticas y las pústulas modeladas en cera podían mostrarse para educar a los pobres, prevenirlos y generar recursos para las damas que se ocupaban de ellos (Podgorny, 2013).

La feria itinerante -que rápidamente adoptó el museo y la exhibición de rarezas como parte de sus atracciones- actuó, en ese sentido, como escuela de saltimbanquis y charlatanes, sedentarios o viajeros, quienes, además de propagar lo aprendido por los pueblos que visitaban, protagonizaron funciones taumatúrgicas y estamparon las etiquetas de sus remedios con su nombre, identidad y efigie.

Esta constelación se usó, por ejemplo, en la Buenos Aires de enero de 1883 y en la Exposición Nacional de Córdoba de 1870 (Podgorny, 2009 a). En la primera, el Comendador Guido Bennati expuso siete momias en su Museo Científico Sudamericano, un establecimiento viajero y temporario instalado en la calle Perú 83, entre Alsina y Victoria, a pocas cuadras del Museo Público de la ciudad. La exposición arqueológica, antropológica, paleontológica y de historia natural contenía objetos raros e interesantes, entre los que se contaban minerales de varios estados sudamericanos, vegetales variados y de importancia para la medicina, la tintorería y la alimentación; pieles de animales, animales disecados, una gran variedad de reptiles conservados en espíritu de vino, un león vivo y domesticado que vivía en compañía de un corderito y fósiles de animales antediluvianos. También había “Objetos de valor inapreciable”: momias, ídolos, utensilios, armas, vestidos e instrumentos de música de la raza indígena e incluía objetos de paleontología, arqueología, antropología y los tres reinos de la naturaleza.

Una “india embalsamada, con sus adornos y vestidos, perteneciente a la tribu Potoreros de Bolivia” presidía la entrada del vasto salón, cuyas paredes estaban tapizadas por las colecciones. A su derecha, en un mostrador, dos indias bolivianas hacían de recepcionistas. Florentino Ameghino, que visitó y valuó el museo, destacaba que entre los objetos antropológicos exhibidos por Bennati se distinguían varias momias completas, una de las cuales ostentaba un “verdadero museo de joyas y de adornos, entre los que sobresalían magníficos collares formados con cuentas de lapislázuli”. Las siete momias exhibidas, seis de mujeres y la séptima de hombre, habían sido tomadas en la Sierra del Perú, en las Islas del Sol y de la Luna del Lago Titicaca, en el cerro Illimani y Corocoro de Bolivia y en una caverna a 14 mil pies sobre el nivel del mar (4200 msnm aproximadamente) en el cerro de Sajama, también en Bolivia (Podgorny, 2008).

El Museo Científico Sudamericano sería recordado como un “museo incásico”, la “fantasía de una mente soñadora”, obra de Guido Bennati, hijo de Giuseppe, de profesión declarada médico cirujano, llegado a la Argentina aproximadamente en 1866. Nacido en Pisa en la década de 1820, su pasaporte lo describía con estatura y boca justa, mentón oval, cabellos, cejas y ojos castaños. Entre sus rasgos físicos, ostentaba anteojos y una medalla en el pecho. Esta pieza que, según la ocasión, presentó como obsequiada en agradecimiento por sus curas de los pueblos de San Juan, Bolivia o Catamarca se trataba, en realidad, de la orden supuestamente otorgada el 16 de mayo de 1851 en París por Alina d'Eldir, Princesa del Imperio del Gran Mogol y Gran Maestre de la Orden Imperial Asiática. Bennati partiría hacia América del Sur donde, por más de treinta años, haría uso del título de Comendador mientras curaba a los pobres, establecía hospitales y obtenía distintas posiciones en los gobiernos de las provincias argentinas, bolivianas y paraguayas.

Bennati estableció una “Comisión o Sociedad Científica Médico-Quirúrgica Italiana” la cual inició sus actividades en América del Sur en 1868: dedicada a curar enfermos, para 1876 registraba en sus libros 21.795 curados gratuitamente. Las tareas de la Comisión se repetían en cada ciudad donde se instalaba más o menos con el mismo patrón: contactos con las damas de la sociedades de beneficencia para la atención gratuita de los enfermos a su cuidado y con los caballeros del gobierno para certificar diplomas habilitantes, asesoramiento a los gobiernos locales en materia de salubridad y obras públicas, ofrecimiento de provisión de datos y muestras de recursos en intercambio de credenciales y permisos para circular libremente por los territorios bajo dichos gobiernos, atención de los heridos de guerra, organización de exposiciones para promover y evaluar la riqueza de los territorios explorados. Asimismo, abundan las denuncias por falsificación y práctica ilegal de la medicina, superpuestas a situaciones sociales e históricas teñidas de revolución o levantamiento local. Lejos de causarlas, se aprovecharían de ellas para actuar en todos los intersticios de un Estado que no logra imponerse y entre una audiencia que celebra la propaganda y los títulos, verdaderos y falsos (Podgorny, 2008).

En la Argentina, Bennati ejerció como médico en Córdoba y Catamarca, donde -según sus biógrafos y él mismo- en 1869 inauguró y dirigió el Hospital de la Concepción. En 1870 pasó a Mendoza y San Juan, ciudades en las que difundió y estableció varias logias masónicas. En esos mismos años será el encargado de armar las muestras de San Luis, Mendoza y La Rioja para la Exposición Nacional de Córdoba. Entre 1874 y 1881 viaja por Corrientes, Bolivia, Paraguay y el norte argentino. Llegó a Buenos Aires a fines de 1882, donde moriría en 1898. Durante

sus viajes, Bennati armó un museo itinerante, ligado a su gabinete médico, a la práctica de la cirugía y al despacho de recetas y remedios.

La colección de Bennati fue exhibida en Salta en 1879. Por entonces se componía de cráneos humanos, fósiles de *Mastodon*, *Megatherium*, *Glyptodon* y de otras especies desconocidas, objetos recolectados en su excursión por Bolivia y Perú. Las crónicas sociales de la exposición la presentaban como un museo que interesaría por igual a los caballeros y a las señoras, a los hombres de ciencia y a los simples aficionados a las novedades.

La exposición fue visitada, entre otros, por Juan Martín Leguizamón (1833-1881), quien en la famosa carta a Mitre la calificaba como “una preciosa colección de antigüedades americanas”. Para Leguizamón estos objetos probaban la antigüedad del hombre y las relaciones prehistóricas de los viejos americanos con los hombres de los otros continentes. Leguizamón, recordemos, contribuía desde Salta a acrecentar las colecciones de objetos, datos, textos y documentos de sus amigos de Buenos Aires. Antidarwinista y católico militante, también ayudó a Paul Topinard (1830-1911), secretario de la Sociedad de Antropología de París, en el armado de las colecciones de datos y objetos sudamericanos. Monogenista convencido de la prédica de Santo Tomás en América, remitía a Buenos Aires dibujos de piedras grabadas, fósiles y objetos arqueológicos obtenidos a partir de adquisiciones y regalos procedentes de encargos a diferentes proveedores. Leguizamón actuaba como una suerte de nudo en la red de recopilación de objetos de Salta y de los parajes de su zona de influencia.

Las interpretaciones de Leguizamón y los anuncios del periódico de Salta muestran, asimismo, los distintos significados que los objetos podían adquirir no solo en los campos de la cultura popular sino también dentro de los círculos científicos. En Salta, a diferencia de sus interlocutores de Buenos Aires y París, Leguizamón interpretaba los objetos como manifestación del poder creativo de Dios o como prueba de la presencia del hombre blanco y la señal de la Cruz en la América ante-Colombiana. Leguizamón no solo fue uno de los protectores de Bennati: se consideraba un colaborador importante en las empresas del joven Francisco P. Moreno (1852-1919), por esos años abierto militante del materialismo científico y en franco conflicto con algunos grupos católicos que, a su muerte en 1919, uno de los paladines que la Liga Patriótica elegiría para su panteón de defensores de la Patria (Podgorny, 2006).

Bennati, por su parte, alternaba sus estudios científicos “panteológicos, paleontológicos, antropológicos, geológicos, prehistóricos” con el ejercicio de la medicina. Recurría a preparaciones que apelaban a los secretos del pasado americano: así publicitaba la operación de “tres grandes almorranas, por medio de nuestra soberana pasta Incásica”, una pasta encontrada en sus excavaciones en las

cavernas del “Sajama” y “Tiagonaco”. Allí, de donde procedían las momias, decía haber desenterrado ánforas de tierra antigua llenas de un ungüento que analizó y probó en los hospitales de Bolivia para curar enfermedades externas y cutáneas, llagas, sarna, lepra, dolores articulares, de muelas y reumáticos (Podgorny, 2008).

Según el testimonio de Ludwig Brackebusch, la “prodigiosa manteca” se trataba de una pomada preparada con pura grasa de cerdo. Brackebusch exageraba: la milagrosa pomada -cantada en Siena y autorizada en Parma como “bálsamo del ejército”- había sido analizada en un juicio y se demostró que estaba compuesta por trementina, colofonia y sebo (Podgorny, 2008). El secreto de la crema incásica habría que buscarlo, entonces, no en la América precolombina sino en recetarios antiguos o tradicionales compartidos en distintos continentes cuyo origen sería difícil de determinar. Bennati transformaba recetas de la medicina popular europea en productos ancestrales, de antigua raigambre andina, indicio de la importancia o de cierto aire del prestigio y del misterio que las antiguas culturas gozaban en los circuitos eruditos y populares.

Bennati colaboró con distintas sociedades de beneficencia. Buen observador de las costumbres, reconoció el papel de las damas en la promoción del buen nombre de tal o cual médico. Como Bustamante y, en menor medida, Rafael Gentile Leonardis, Bennati usó su museo y la beneficencia como propaganda y escudo protector. El recuerdo de Bennati como médico benefactor de los pobres sería levantado por Julieta Lanteri y el Partido Socialista que, en 1923, celebró en su tumba de Chacarita el centenario de su nacimiento. Bustamante y Gentile Leonardis -en ese mismo año- servirían a la causa contraria (Podgorny, 2008). No es de extrañar: la Liga Patriótica y el Partido Socialista fueron muy activos creando antihéroes en conflicto, oposiciones en vida o post-mortem. Y aunque el caso de Florentino Ameghino vs. Francisco P. Moreno es bien conocido (Podgorny, 2006, 2020), estaríamos aquí ante otros antagonistas en ciernes, en este caso en el reino de los herbolarios defensores del bien de la humanidad doliente el uno, de la salud y los intereses del pueblo argentino, los otros.

## VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE: A MODO DE CONCLUSIÓN

Tanto Bustamante como Bennati dijeron descubrir y trabajar con el poder curativo del suelo americano, reviviendo el tópico de cuño cristiano acerca de la naturaleza como farmacia de Dios y también la idea de que los pobres están más cerca de la verdad y del conocimiento. Los dos realizaron colecciones que, además de arqueológicas, tenían una función médica y comercial: medio de atracción de clientes, poder simbólico del pasado para un discurso que en 1920 era central para la derecha y el pensamiento conservador.

Bennati y Bustamante representan dos tipos de charlatán: uno itinerante, el otro más o menos fijo. Curiosamente, a su muerte, sus respectivas momias llevarían una vida en sentido contrario. Parte de las colecciones de Bennati pasaron al Museo de La Plata en fecha temprana, donde aún se encuentran (Podgorny, 2009 b); las de Bustamante, en cambio, tuvieron un destino errante. El futuro les es incierto. A todas.

Como relata Cáceres Freyre, la colección de Bustamante desaparecería tras su muerte acaecida en Famatina en 1932. Atraído por esta figura de su infancia, se dedicó a rastrear el devenir de la momia, a la cual consideraba la primera que “procedente de un sacrificio ritual incaico, se conoció en territorio argentino” (Cáceres Freyre, 1995: 54, nota 3). Según sus investigaciones procedía de un picacho de la cordillera de los Quilmes, en el valle de la Reina, en las cumbres del nevado El Cajón o Chuscha de Cafayate, Provincia de Salta.

En un momento creyó que sus huellas se habían perdido para siempre; sin embargo, las reencontraría en un recodo de su vida al visitar, años más tarde, al ingeniero noruego Absjorn Pedersen (Figura 10), viudo de la pintora Chela Gómez Clara, hija del artista cordobés Emiliano Gómez Clara (1880-1931). Ambos se habían dedicado a la arqueología: interesados en el arte, a partir de 1941 invirtieron parte de su tiempo en el estudio de las pinturas rupestres de las Sierras de Córdoba. Además de propiciar el uso de los rayos infrarrojos en el análisis de las pinturas de Cerro Colorado, en el norte de la Provincia, Pedersen a lo largo de su devoción al asunto descubrió unas 200 cuevas y abrigos y reprodujo más de 30 mil dibujos en colores utilizando la técnica que él proponía. Al respecto publicó varios trabajos en la Argentina y algunas notas en *The New York Times*. En parte gracias a sus gestiones, el Cerro Colorado fue declarado Parque Arqueológico y Natural en 1957 (Pedersen, 1954, 1959).

En 1985, Cáceres Freyre lo visitó. Había quedado viudo, estaba solo, delicado de salud, con apremios económicos y quería asesorarse sobre qué hacer con la colección arqueológica que había obtenido en la década de 1940 cuando administraba la empresa “Gas service”. Una de sus clientas -que resultó ser la viuda de Bustamante- le canjeó la momia por la instalación de una cocina, una heladera y un calefón. Desde 1932, permanecían en el sótano de la casa de los Bustamante, olvidadas, inservibles, pero, con esta transacción, lograron transformarse no solo en “materia de intercambio” sino también en objeto de la colección de dos aficionados al estudio y el goce del arte del pasado. Y, por otro lado, en aparatos útiles para adaptarse a los requerimientos del confort del siglo XX.



Figura 10. Absjorn Pedersen, foto publicada en Todo es Historia (gentileza del investigador Carlos Castro).

Pedersen, en 1985, tanteó con Cáceres Freyre la posibilidad de ofrecerla al entonces Museo Nacional del Hombre del Instituto Nacional de Antropología, del cual había sido colaborador durante más de 30 años. Ante la necesidad de dinero y la falta de fondos nacionales, se decidió por enviarla a la Casa Posadas de Buenos Aires donde se remataron el 9 de agosto de 1985. En esa ocasión, una momia sentada sobre una gran lámina de cobre, con todo su ajuar, una niña de unos 13 años procedente del valle de la Reina, antiguo territorio de los Andes, se vendió en 48 US\$. Ya no curaba nada. Sin embargo, no pasarían muchos años para que el pasado y el terruño -tan caros a la Liga Patriótica- volvieran a ser celebrados como origen y final de todos los bienes, de todas las virtudes.

Y aquí es momento de regresar al volumen doble de los *Anales de Arqueología y Etnología* de 1979-1980, contemporáneo de los trabajos de Cáceres Freyre, cuya obra hoy es poco leída por estar asociada a una corriente sin herederos, caída de las modas y cuestionada ideológicamente. La obra de Jorge

Fernández, por el contrario, fue una referencia para varias promociones universitarias, una manera de concebir la historia de la arqueología como la suma acumulativa de personajes vinculados a las instituciones, ordenados en columnas según épocas e ideas. La historia que supimos aprender en esos Anales proponía bucear en el pasado encontrando lo arqueológico en contextos donde quizás no lo había sido: la vieja costumbre de ir al pasado a pescar orígenes, creando destinos donde hubo contingencias. Esos métodos, como cualquier arqueólogo sabe cuando hace arqueología de verdad, impiden entender que un cacharro prehispánico exhibido en un comercio de hierbas no necesariamente llevaba al Museo de La Plata, aunque hoy, algunos, estén allí. Las momias, la colección de Bustamante y sus parientes son objetos surgidos y exhibidos en espacios ligados a la medicina y a la farmacia y, para entenderlos, hay que ligarlos a esas prácticas. Y en ese sentido, como sugería Cáceres Freyre y este artículo argumenta, la ciencia es mucho más nómada de lo que las historias hagiográficas o iconoclastas pretenden reconstruir al establecer un borde entre ciencia y no ciencia, entre profesionales y aficionados, entre fenomenólogos y materialistas, entre arqueología y público, entre lo sagrado y lo profano.

No solo eso: la ciencia ocurre en cualquier lado y sus objetos, lejos de pertenecer a un único universo, articulan las esferas, los saberes y las tradiciones más disparatadas.

Esas que, nos guste o no, nos constituyen y nos dan forma en la maraña del presente.

## AGRADECIMIENTOS

Este trabajo forma parte del PICT 3534 y PIP 0116 dirigidos por la autora y se benefició de los comentarios y materiales provistos por tres evaluadores anónimos, que se sumaron a los de Adela Schäffner, Maribel Martínez Navarrete, Susana García, Fernando Bedoya, Pablo Montini, Alejandro Martínez, María Margaret Lopes, Carlos Castro, Barbara Orland y Simona Boscani Leoni.

## BIBLIOGRAFÍA

- Arias, A.C.  
2020. *Las instrucciones de la Encuesta Nacional de Folklore*. Ms. en posesión de la autora.
- Berthold, V. M.  
1921. *History of the telephone and telegraph in the Argentine Republic 1857-1921*. American Telephone & Telegraph Company. Nueva York.
- Blee, K. M. y S. McGee Deutsch.  
2012. *Women of the right: comparisons and interplay across borders*. The Pennsylvania State University Press. Pensilvania.
- Borges, J. L.  
1990. El escritor argentino y la tradición. En *Obras Completas*, I: 261-21. (1a ed. 1932). Emecé. Buenos Aires.

- Bourguet, M.-N.  
1997. La collecte du monde: voyage et histoire naturelle (fin XVIIIème siècle-début XIXème siècle). En Blanckaert, C., C. Cohen, P. Corsi y J.-L. Fischer (dir.). *Le Muséum au premier siècle de son histoire*: 163-196. Muséum National d'Histoire Naturelle. Paris.
- Brendecke, A.  
2009. *Imperium und Empirie. Funktionen des Wissens in der spanischen Kolonialherrschaft*. Böhlau, Colonia. Traducido como *Imperio e información. Funciones del saber en el dominio colonial español*. Iberoamericana/Vervuet. Madrid/Fráncfort. 2012.
- Buch, A.  
2001. El papel de los fisiólogos extranjeros en la Argentina de principios de siglo o acerca de la "nacionalidad" del mate amargo. En Montserrat, M. (ed.) *La ciencia en la Argentina entre siglos. Textos, contextos e instituciones*: 19-33. Manantial. Buenos Aires.
- Buch, A.  
2006. *Forma y función de un sujeto moderno. Bernardo Houssay y la fisiología en la Argentina (1900-1943)*. Universidad Nacional de Quilmes. Buenos Aires.
- Bustamante, P. P.  
1922 a. *Girón de historia; leyendas, tradiciones regionales y relatos históricos*. Casa Bustamante. Buenos Aires.
- Bustamante, P. P.  
1922 b. *La Flora argentina aplicada en la salud*. Casa Bustamante. Buenos Aires.
- Bustamante, P. P.  
1923. *Catecismo argentino de la larga vida*. Casa Bustamante. Buenos Aires.
- Cáceres Freyre, J.  
1967. *Juan B. Ambrosetti*. Secretaría de Estado de Cultura y Educación. Buenos Aires.
- Cáceres Freyre, J.  
1984. Las primeras colecciones y exposiciones de objetos antropológicos, históricos y artísticos de la Argentina. Notas para su historia/siglos XVIII y XIX. *Boletín del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades* 14: 19-46.
- Cáceres Freyre, J.  
1995. Bio-bibliografía de Perfecto Paciente Bustamante (1860-1932). Escritor, coleccionista y precursor del Folklore en la provincia de La Rioja. *Boletín del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades* 18: 47-66.
- Cook, H.  
2007. *Matters of Exchange. Commerce, medicine, and science in the Dutch Golden Age*. Yale University Press. New Haven & London.
- Di Liscia, M. S.  
2002. *Saberes, terapias y prácticas médicas en Argentina (1750-1910)*. CSIC, Instituto de Historia. Madrid.
- García, S.  
2011. Museos provinciales y redes de intercambio en la Argentina. En Lopes, M. M. y A. Heizer (comp.) *Coleccionismos, prácticas de campo e representações*: 75-9. EDUEPB. Universidad Estadual da Paraíba.
- García, S. e I. Podgorny.  
2001. Pedagogía y nacionalismo en la Argentina: lo internacional y lo local en la institucionalización de la enseñanza de la arqueología. *Trabajos de Prehistoria* [S.l.] 58 (2): 9-26.  
<http://dx.doi.org/10.3989/tp.2001.v58.i2.221>
- Ginzburg, C. 1976. *I formaggio e i vermi*. Einaudi. Turín.
- Fernández, J.  
1979-1980. Historia de la Arqueología Argentina. *Anales de Arqueología y Etnología* 24-25.
- Heaney, C.  
2018. How to make an Inca mummy: Andean embalming, Peruvian science, and the collection of empire. *Isis* 109 (1): 1-27.  
<https://doi.org/10.1086/697020>
- Lepenies, W.  
1976. *Das Ende der Naturgeschichte. Wandel kultureller Selbstverständlichkeiten in den Wissenschaften des 18. und 19. Jahrhundert*. Hanser. Munich.
- McGee Deutsch, S.  
1986. *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932: the Argentine Patriotic League*. University of Nebraska Press. Lincoln.

- Orland, B.  
2004. Milchpropaganda vor und nach dem Ersten Weltkrieg. Konvergenzen zwischen Wissenschaft, Wirtschaft und Ernährungsreform. En Rash, M y D. Bleidick (eds.) *Technikgeschichte im Ruhrgebiet – Technikgeschichte für das Ruhrgebiet*: 909–933. Klartext. Essen.
- Paternó, M.  
1882. Investigaciones sobre el ácido lapáchico de la madera del lapacho (*Tecoma avellanedae*). *Anales de la Sociedad Científica Argentina* 13: 280-288.
- Pedersen, A.  
1954. El infrarrojo y su aplicación en la investigación de pinturas rupestres. *Runa* 6: 216-219.
- Pedersen, A.  
1959. Las pinturas rupestres de las Sierras de Córdoba. Normas convencionales de representación. *Revista de Enseñanza Media* (Córdoba) 1: 41-46.
- Pegoraro, A.  
2017. El uso de motivos indígenas de colecciones del Museo Etnográfico de la UBA en los inicios del Siglo XX: actores, actividades y objetos. *Revista del Museo de Antropología* 10 (1): 27-36.  
<https://doi.org/10.31048/1852.4826.v10.n1.14490>
- Podgorny, I.  
1999. *Arqueología de la Educación: textos, indicios, monumentos. La imagen del indio en el mundo escolar*. Sociedad Argentina de Antropología. Buenos Aires.
- Podgorny, I.  
2006. Embodied institutions: La Plata Museum as Francisco Moreno's autobiography. Ponencia presentada en el 34<sup>th</sup> CIMUSET Conference, Simposio "Os modos de interpretação de personagens emblemáticos". CIMUSET/ICOM, Rio de Janeiro.
- Podgorny, I.  
2008. Momias que hablan. Ciencia, colección de cuerpos y experiencias con la vida y la muerte en la década de 1880. *Prismas. Revista de Historia Intelectual* 12 (1): 49-65.
- Podgorny, I.  
2009 a. 'La industria y laboriosidad de la República'. Guido Bennati y las muestras de San Luis, Mendoza y La Rioja en la Exposición Nacional de Córdoba. En Lluch, A. y M. Di Liscia (eds.). *Argentina en exposición. Ferias y exhibiciones durante los siglos XIX y XX*: 21-59. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid-Sevilla.
- Podgorny, I.  
2009 b. *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la Prehistoria en la Argentina, 1850-1910*. Prohistoria. Rosario.
- Podgorny, I.  
2012. *Charlatanes. Crónicas de Remedios Incurables*. Eterna Cadencia. Buenos Aires.
- Podgorny, I.  
2013. Travelling Museums and Itinerant Collections in Nineteenth-Century Latin America. *Museum History Journal* 6 (2): 127-146.  
<http://dx.doi.org/10.1179/1936981613Z.0000000014>
- Podgorny, I.  
2015. El encanto del lapacho en alemán. *Revista Ñ*, 26 de marzo.  
[https://www.clarin.com/rn/ideas/encanto-lapacho-aleman\\_0\\_rJ7Jz5vXg.html](https://www.clarin.com/rn/ideas/encanto-lapacho-aleman_0_rJ7Jz5vXg.html)
- Podgorny, I.  
2018 a. The elk, the ass, the tapir, their hooves, and the falling sickness: A story of substitution and animal medical substances. *Journal of Global History* 13: 46-68.  
<https://doi.org/10.1017/S1740022817000286>
- Podgorny, I.  
2018 b. Polizontes sin fronteras. Los charlatanes y los límites de las historiografías nacionales. En Cuevas Badallo, A., O. Torres González, R. López Orellana y D. Labrador Montero (eds). *Cultura científica y cultura tecnológica: Actas del IV Congreso de Historia y Filosofía de la Ciencia, 2017*: 719-725. Universidad de Salamanca.  
<https://eusal.es/index.php/eusal/catalog/book/978-84-9012-973-9>
- Podgorny, I.  
2019 a. Bureaucracy, instructions, and paperwork. The gathering of data about the three kingdoms of nature in the Americas, 1770-1815. *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*.  
<https://doi.org/10.4000/nuevomundo.75454>

Podgorny, I.

2019 b. Del Museo al Panteón. El futuro de las colecciones antropológicas en la Argentina, *Passés Futurs* 6, Dossier: Les vitrines de l'humanité-Musées d'anthropologie en question.  
<https://www.politika.io/fr/notice/du-musee-au-pantheon-argentine>

Podgorny, I.

2020. *Florentino Ameghino & Hnos. Empresa Argentina de paleontología ilimitada*. Edhasa. Buenos Aires.

Quereilhac, S.

2016. *Cuando la ciencia despertaba fantasías*. Siglo XXI. Buenos Aires.

Richard, N.

2017. Les fantômes d'Antioé. Rêves, archéologie et résurrection des morts autour de 1900. *Romantisme* 4 (178): 62-73.  
10.3917/rom.178.0062

Richard, N.

2020. Between learned and popular culture, a world of syncretism and acculturation. *Science in Context*. En prensa.

Ross, C. A.

2014. The Trophoblast Model of Cancer. *Nutrition and Cancer* 67 (1): 61–67.

Suárez de Ribera, F.

1732. *Remedios de deplorados probados en la piedra lydio de la experiencia*. Alonso Balvás. Madrid.

S/A.

1939. *Boletín de estadística y jurisprudencia: Delitos en general, suicidios, accidentes y contravenciones diversas*: 233. Departamento de Policía. Buenos Aires.

Wyder, M.

2003. *Kräuter, Kröpfe, Höhenkuren, die Alpen in der Medizin - Die Medizin in den Alpen*. Neue Zürcher Zeitung, Zürich.

---

## NOTAS

1 Sobre la transferencia del nombre “momia” a estos cadáveres enterrados y exhumados en territorio americano, ver Heaney, 2018.

2 Sobre la piedra imán en la medicina europea a inicios del siglo XVIII, ver por ejemplo Suárez de Ribera, 1732.

3 La “hipofisina Houssay” era un sustancia administrada como enema y en los partos que Houssay – también farmacéutico- comercializó hasta la década de 1930 (Buch, 2006).